

EL NACIONALISMO

(De nuestro corresponsal ANTONIO PEÑA)

El límite en el cual la noción de patriotismo se confundió con la idea nacionalista, es prácticamente imposible de trazar. ¿Existe, acaso las dos posiciones son tal vez en el fondo una misma intención de aislamiento xenóforo? En último análisis, sí. El nacionalismo es, en el terreno intelectual, doctrinario, lo que el patriotismo, en el aspecto que podría llamarse efectivo. El nacionalista ha llegado a ser, tal luego de un razonamiento metódico, luego de analizar y convertir en principio rígido su primer impulso. El patriota, en cambio, no llega a esa elaboración intelectual: su sentimiento es para él hecho natural, que acepta simplemente, pero sin darle el carácter de doctrina. El tránsito de una a otra actitud es, pues, bien fácil, fatal en cierto modo: porque en el momento que el patriotismo se analice a sí mismo, el nacionalismo habrá aparecido.

Lo cierto es que, en estos últimos años, el patriotismo parece haber adquirido esa capacidad de análisis. La idea de patria — y no quiero referirme ahora a su gemela, la idea de Estado como representación genuina de la nación —, se presenta aquí y allá en forma de sistema construido, de doctrina superrefinada que pretende apoyarse en un principio indiscutible e inatacable: el sentimiento primitivo ha pasado a ser una actitud reflexiva, metódica. Ser patriota no es ya amar; es, ante todo, establecer y explicar el por qué de ese amor. Ha terminado la era del patriótico y comienza la edad de la reflexión patriótica.

El desarrollo del nacionalismo podría calificarse de fenómeno espontáneo. Y digo eso porque se observa, no sólo allí donde se impone como doctrina oficial, sino hasta en aquellos países cuyos gobiernos no se han preocupado — al menos seriamente — con energía — de una propaganda en tal sentido. No solamente en Rusia cobra impulso: detrás de cada frontera hay una multitud que se diviniza y se cree el pueblo elegido.

Desde Francia, el exilio español tiene una visión parcial de la realidad. Ve en el nacionalismo popular un fe-

nómeno exclusivamente francés y percibe a lo lejos un mundo más abierto, hospitalario, en el que el calificativo de extranjero carezca del sentido despectivo que pone en él la convicción fanática de un gendarme bretón. No quiere que el nacionalismo imponga su norma por doquier; y trata de convencerse — necesita esa esperanza — de que más allá del Atlántico le espera un Paraíso sin *cartes d'identité*, sin *secrétariats des étrangers*, sin leyes ni prejuicios absurdos que vean en el forastero un enemigo tolerado, pero siempre molesto.

La Francia nacionalista — bueno es insistir en ello — es el simple reflejo de un mundo que ha descubierto el nacionalismo (sí, también lo viejo y primitivo puede descubrirse). To-

dos los pueblos han llegado a la convicción de que el Africa comienza del otro lado de sus fronteras; y les parece lógico transformarlas en muros defensivos — ¿por qué no ofensivos? — que aseguren su sagrada superioridad. Frente a ellos está lo desconocido, lo que no se conoce ni se quiere conocer, lo que es opuesto y enemigo por la simple razón de que tiene otra bandera y otro sentimiento fanático. La frontera es el símbolo supremo del nacionalismo; su límite es el límite exacto entre dos odios.

En América del Sur alienta ese patriotismo enfermizo y morbosos. Careciendo sus países de una densidad de población suficiente, mantienen

hoy, como nunca, una política inmigratoria que impide o dificulta en grado sumo la incorporación de trabajadores extranjeros, mientras la economía pide a gritos aumento de mano de obra en la industria y la agricultura. Y lo trágico es que tal absurdo se ve respaldado por el sentir auténtico de las masas, que hallan en él la medida ideal para evitarles una competencia enconada con los posibles inmigrantes en la lucha por los salarios. « El extranjero nos empobrecerá » — razonan; y el falso argumento pesa más que los campos vírgenes y la soledad agobiante de los desiertos interminables.

Y eso no es todo. Para los extranjeros residentes en su suelo, la Argentina mantiene en pie la famosa ley 4144, por la que se autoriza a los poderes públicos a deportar a su país de origen a aquellos que por su actuación sindical o política se juzguen « elementos indeseables ». Brasil, aun sin poseer una ley de aplicación tan elástica y de tanta peligrosidad, da vida a numerosos decretos y ordenanzas que trasuntan el nacionalismo más fanático y severo: prohibición oficial para los trabajadores que no sean brasileños de desempeñar tareas de estibador en los puertos de mar; exigencia de una estancia de ocho años en el país para lograr el permiso de chófer profesional; idéntico requisito para lograr la patente comercial e impedimentos de toda índole para ostentar cargos sindicales.

Sudamérica ha perdido el poco sentimiento internacionalista que alguna vez llegó a tener. El preámbulo de la Constitución Argentina, que declara establecerse ésta para los nativos del país y « para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino », suena hoy a cosa antigua y desplazada. Porque las masas argentinas se han alejado demasiado de todos los hombres del mundo.

No es sólo Europa, no es sólo Francia. Es la historia entera que retrocede y da un salto atrás, como cansada de marchar hacia adelante. ¿Y queda acaso otro recurso que empujarla?

Antonio PEÑA.